

Kurt Ebert

# Benditas

Lecciones De La

## AFLICCIÓN

*Cuatro reflexiones sobre  
el bien que nuestro Señor  
puede obrar en su pueblo  
a través del dolor.*







# Benditas

Lecciones De La

## AFLICCIÓN

**Kurt Ebert**

*Cuatro reflexiones sobre el bien que nuestro Señor  
puede obrar en su pueblo a través del dolor.*



## **Benditas Lecciones De La Aflicción**

*Cuatro reflexiones sobre el bien que nuestro Señor  
puede obrar en su pueblo a través del dolor.*

Estos sermones se predicaron poco más de un año después de que nuestro hijo de dieciséis años, Nathan, se quitó la vida inesperadamente. Son presentados con la oración para que, en cualquier dolor que haya tocado la vida de los hijos de Dios, el Señor continúe cumpliendo su promesa para santificarlos y bendecirlos de principio a fin.



**Multi-Language  
Productions**

Bringing the Word to the World

Copyright © 2020

Taken from “Blessons out of Grief” by Kurt Ebert.

Used with permission.

MLP Catalog No: 385529



Primero

## NO ENTIENDO LOS CAMINOS DE DIOS, Y ESO ESTÁ BIEN

(basado en Job 42:1-6)

### Fiesta de la Santísima Trinidad

La muerte de Nathan, y los trece meses que han pasado desde ese momento, nos han llevado a un lugar al que nunca quisimos ir. Realmente ha sido “*el valle de sombra de muerte*”. Apreciamos el hecho de que muchos de ustedes han transitado por ese valle con nosotros.

Sin embargo, el hecho de que no quisiéramos ir allí no significa que el valle fuera un mal lugar para nosotros. Alguien dijo una vez: “Las cimas de las montañas son hermosas, pero la fruta crece en los valles”. Preferiríamos pasar tiempo en las cimas de las montañas, donde todo se ve hermoso y nuestro espíritu se eleva. Pero los valles son importantes para nuestro crecimiento y salvación. Incluso la sombra del valle de la muerte puede ser una en la que la mano guía del Señor pueda producir frutos inesperados. Espero compartir algo de esa fruta con ustedes en esta serie que llamo, “Benditas lecciones de la aflicción”.

Este domingo, en el que destacamos la increíble identidad de nuestro Dios, es un buen momento para considerar el tema que consideramos hoy: “No entiendo los caminos de Dios, y eso está bien”. Celebramos la verdad de que nuestro Dios ha revelado una parte de su nombre y gloria a todos los que lo buscan en su Palabra. Nos unimos a la iglesia apostólica para confesarlo como el Gran Tres en Uno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas unidas en una Deidad, co-igual, co-eterna, co-majestuosa. ¡Guauu! ¡Qué Dios! Pero realmente no lo entiendo, ¿verdad? Puedo dibujar diagramas y tratar de explicar lo que dice la Escritura usando imágenes de



palabras, pero entenderlo realmente... no, ese conocimiento está reservado a Dios mismo.

Pero no necesito entenderlo para confiar en él. De hecho, me alegro de tener un Dios tan grande, tan complejo y de otro mundo que no lo entiendo ni a él ni a sus modos. Si realmente pudiera comprender su esencia, su razonamiento, sus planes y sus acciones, bueno, entonces, ¿no se parecería mucho a mí? No necesito otro yo cuando mi corazón se está haciendo pedazos. Me alegra tener uno que no puedo entender. Ese tipo de Dios en el que puedo confiar.

## Alguien que supo

Esa fue una “bendita lección” que Job también aprendió. Te acuerdas de Job, ¿no? Era un hombre fabulosamente rico y bendecido, muy respetado en su tiempo. En un momento en que la riqueza se medía en animales, tenía miles de camellos, vacas, burros y cabras. Cientos de sirvientes pagados lo llamaban amo. Además, tenía una esposa y diez hijos: siete hijos y tres hijas. La gente lo honraba y acudía a él para pedirle consejo. Y parecía que no dejaba que su prosperidad se le subiera a la cabeza. Era un hombre recto y piadoso que oraba por sus hijos e incluso ofrecía sacrificios en su nombre en caso de que se hubiesen divertido demasiado juntos. Compartía su riqueza con los menos afortunados. El Señor le sonreía. Fue considerado el hombre más grande de su tiempo. A los ojos de los demás, se podría decir que “lo tenía todo”.

Pero luego todo cambió. Dios hizo algo que ningún ser humano puede comprender realmente: habló con Satanás. Parece que permitió que Satanás forzara su mano y le diera permiso al tentador para afligir a Job. “Claro que te sigue”, Satanás incitó al Señor. *«¿Y acaso Job teme a Dios sin recibir nada a cambio? ¿Acaso no lo proteges, a él y a su familia, y a todo lo que tiene? Tú bendices todo lo que hace, y aumentas sus riquezas en esta tierra. Pero pon tu mano sobre todo lo que tiene, y verás cómo blasfema contra ti, y en tu propia cara.»*

Dios le admitió a Satanás su argumento y le permitió poner a prueba a Job, primero tocando solo su vida exterior. En un día, Job perdió todos sus miles de animales y sirvientes en un desastre humano y divino, uno tras otro. Plaf... se fue. Luego, aterrorizado por los horrores, sus diez hijos murieron al mismo tiempo cuando la casa en la que estaban se derrumbó en una tormenta poderosa. En ese momento, Job no mostró nada más que fe. *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré al sepulcro. El Señor me dio, y el Señor me quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (1:21).*

Satanás regresó a Dios con otra prueba. *«La gente es capaz de darlo todo, con tal de salvar el pellejo. Pero quítale a Job tu protección, tócalo en su propio cuerpo, ¡y ya verás cómo blasfema contra ti en tu propia cara!»*. Nuevamente, Dios le concedió el permiso de afligir a Job, esta vez incluyendo el cuerpo del hombre, pero perdonándole la vida. Satanás afligió a Job con llagas insoportables en todo el cuerpo, desde la parte superior de la cabeza hasta las plantas de los pies. Era todo lo que podía hacer para sentarse miserablemente entre las cenizas de su fuego y raspar sus llagas supurantes con un pedazo de cerámica rota.

¿Te has sentado con Job antes? Tu dolor puede ser diferente al de él, y tal vez estés dispuesto a decir: “Pensé que tenía algo por qué llorar. ¡Pero míralo!” Me pregunto si esa no es la razón por la cual Dios permitió que Job padeciera tanto; él es el ejemplo de dolor de todo hombre. A fin de cuentas, el dolor viene con cada tipo de pérdida que enfrentamos. Puede ser la pérdida de nuestro esposo o esposa o padre o hijo o hermano o hermana. Puede ser la pérdida del trabajo que tuvimos durante treinta años, el matrimonio con el que habíamos soñado, la vista que una vez disfrutamos cuando nos miramos en el espejo, nuestras habilidades atléticas juveniles, el perro o el gato con el que compartimos una casa, nuestro propósito. en la vida, el afecto de un amigo o amante, las posesiones a las que nos apegamos, la salud que valoramos. Cada bendición de Dios se convierte en una fuente de dolor insoportable cuando desaparece.

## Luchando con Dios

Los siguientes 35 capítulos cuentan las luchas internas que Job sintió mientras intentaba, en una discusión con cuatro amigos, descubrir por qué todo esto debería estar sucediéndole. Nada tenía sentido. Dios tenía todo el poder; Job lo amaba y buscaba servirlo con todo su corazón. Dios tenía que ser injusto para permitir que estos eventos sucedieran. *“Si he hecho mal a Dios o al hombre, debería tener esto en camino. Pero ese no es el caso. Firmo mi defensa: que el Todopoderoso me responda; deje que mi acusador ponga su acusación por escrito”*. ¡Solo llévame a la corte con mi Dios y le mostraré que se equivocó!

Por este tiempo, una tormenta vino del norte y Dios le habló a Job desde la tormenta. *“¿Quién se atreve a oscurecer mis designios con palabras carentes de sentido? Pórtate como hombre, y prepárate; yo te voy a preguntar, y tú me vas a responder.”* (38:2-3). En los siguientes cuatro capítulos, la discusión directa más larga que el Dios del cielo tiene con un hombre en la tierra en toda la Biblia, el Señor le recuerda a su hombre Job lo poco que realmente sabe acerca de Dios, su poder, su creación, su sabiduría y sus caminos. Realmente



nunca responde la pregunta de Job, “¿Por qué, Señor?” Simplemente llama a este hombre para que vea cuán pequeño es y cuán grande es Dios.

Es aquí donde encontramos palabras de la boca de Job a las que podemos aferrarnos cuando estamos en medio de nuestra propia aflicción:

***“Entonces Job le respondió al Señor, y le dijo: «Yo sé bien que todo lo puedes, que no hay nada que tú no puedas realizar. Preguntaste: “¿Quién se atreve a oscurecer mis designios, con palabras carentes de sentido?” Yo fui ese atrevido, que habló sin entender; ¡grandes son tus maravillas! ¡Son cosas que no alcanzo a comprender!” (Job 42:1-3)***

Las palabras de Job nos recuerdan que, aunque somos como una audiencia en el teatro, él se parece más al actor en el escenario. El público tiene un libro de diálogos en sus manos y, como Dios, ve “lo que pasa detrás del escenario”. Sabe lo que está pasando. Pero el actor solo ve lo que sucede en el escenario. ¿No es así como es nuestra vida también? Somos como Job, en el escenario. No tenemos idea de lo que está sucediendo entre bastidores; Dios elige esconder esa parte de nosotros. Solo sabemos lo que está sucediendo aquí, ahora mismo. ¿Pero el plan eterno de Dios? ¿Su comprensión del panorama general mañana y al día siguiente y al día siguiente? ¿Su trama de eventos ya que afectan no solo nuestra propia vida sino la vida de las personas que nos rodean e incluso más allá de nosotros? Guau. Será mejor que mantenga la boca cerrada, porque como Job probablemente estaré hablando de cosas que no entiendo. No solo lo acusaré de cosas que no son ciertas, sino que probablemente también estaré perturbando mi propio espíritu con pensamientos que me roban la comodidad que Él quiere que disfrute.

## Humildad Saludable

Nos maravillamos con la idea de las palabras de Job aquí: “*Sé bien que todo lo puedes*”. ¿No es esa una verdad asombrosa y reconfortante?

Algún tiempo después de que Nathan tomara la acción impensable de terminar con su propia vida, mi esposa Connie dijo: “Dios podría haber evitado que muriera. Podría haber evitado que el arma disparara. Podría haber evitado que la herida terminara con su vida. Pero él eligió no hacer eso”. Esa es una declaración increíble para una madre afligida. Ella no estaba culpando a Dios. Ella solo estaba reconociendo que el Dios que adora se ha mostrado capaz de todo y de todo. Entonces, si deja que algo suceda, debe tener un propósito en mente que no ha compartido con nosotros, sus hijos en el escenario.



Una y otra vez, la palabra de Dios nos muestra que realmente no sabemos cómo piensa Dios o cuáles son sus propósitos eternos. Claro, nos ha dicho algunas cosas: que nos ama, que nos creó para ser suyos, que nos redimió de nuestros pecados y en nuestro Bautismo nos llamó a la comunión con él para siempre. Pero cuando la vida no tiene sentido, nos invita a calmar nuestras mentes y corazones con el pensamiento de que él sabe más que nosotros. A los hijos de Dios heridos, el profeta Isaías declaró:

***“Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni son sus caminos mis caminos. Así como los cielos son más altos que la tierra, también mis caminos y mis pensamientos son más altos que los caminos y pensamientos de ustedes.”***  
(Isaías 55:8-9)

Y Pablo el apóstol de Jesús alabó a Dios ante sus amigos en Roma,

***“¿Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¿Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha entendido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero?”*** (Romanos 11:33-34)

¿Has tratado de ser el consejero de Dios? Sé que yo lo hago. Nos encanta decirle a Dios: “Señor, tengo mi vida planeada aquí en una pequeña caja ordenada. Ahora todo lo que tienes que hacer es venir aquí e incluir tu obra en mi pequeña caja, y todo estará bien”. Pero el Señor puede responder: “Tengo mi propia caja, y es mucho mejor que la tuya”. A Martín Lutero le gustaba decir que el nuestro es un “Dios oculto”. “*Y en verdad tú, Dios y salvador de Israel, eres un Dios que se esconde*”, declaró Isaías (45:15). Detrás de una máscara de eventos que a menudo parecen contradictorios y sin sentido para los ojos humanos, se esconde la sabiduría y el poder de un Dios infinito y amoroso. Puedo ofrecer algún consejo a mis semejantes; pero cuando se trata de Dios y su sabiduría para mi vida, estaré mucho mejor recibiendo su consejo que devolviéndolo.

Dios puede hacer todas las cosas. ¡Qué pensamiento tan asombroso! Eso significa que Dios podría haber evitado que su ser querido muriera... o que su salud decaiga... o que su trabajo termine... o que su hijo se rebele... o que su depresión se estableciera... o que su cónyuge se fuera... o que sus ingresos disminuyeran. Si permites que un poco de tristeza inunde tu vida, entonces conforta tu corazón con el conocimiento de que tu Señor sabe más que tú, y en su conocimiento, eligió usar su poder de una manera que se ajuste a su plan, incluso si lo que hace no te parece correcto.

## Está bien no saber

Job obtuvo una grandiosa “bendita lección” de las penas que soportó, y la respuesta que recibió de Dios. Él continuó:

*“Por favor, escucha mis palabras; quiero preguntarte algo; ¡házme saber! Yo había oído hablar de ti, pero ahora mis ojos te ven. Por lo tanto, me retracto de lo dicho, y me humillo hasta el polvo y las cenizas.”* (Job 42:4-6)

Había querido saber la respuesta a su pregunta: “¿Por qué, Dios? ¿Por qué me dejaste sufrir tanto?” Como si, al conocer la respuesta, pudiera dar sentido a la vida y sus penas, y encontrar algo de paz. Pero Dios quería darle algo mejor: una visión de Dios mismo. “*Yo había oído hablar de ti*”, dijo. Había escuchado algunas cosas sobre Dios, transmitidas por sus antepasados, al igual que hemos escuchado algunas cosas sobre Thomas Jefferson o Abraham Lincoln en una clase de historia estadounidense. ¡Pero qué honor sería ver a estos hombres cara a cara!

*“Pero ahora mis ojos te ven”*. ¡Qué honor fue ver a Dios en acción, experimentar su mano guía en su vida como cara a cara! Ahora había llegado a comprender la profundidad de la participación perceptiva de Dios en los asuntos de su vida y a ver su propósito más profundo de humillarlo y llamarlo a una relación de confianza más profunda con su creador que nunca antes. Había llegado a comprender que su única responsabilidad en esta vida terrenal era arrepentirse de sus pecados y confiar en su Dios Redentor.

Confieso que también quería saber el “por qué” de nuestras penas. “¿Por qué, Señor, dejaste que esto sucediera? Muéstrame que esto tiene sentido. Traté de ser un buen padre para Nathan, así como un buen hijo tuyo. No debería haber resultado de esta manera. ¿Puedes de alguna manera dejar en claro mi forma de pensar que algo bueno podría salir de esta tragedia?”

La felicidad no se encuentra en arrastrar a Dios a nuestro propio nivel de pensamiento. En cambio, la encontramos permitiéndole que nos lleve a un lugar de confianza en sus caminos.

Piensa en un pequeño bebé en los brazos de su madre. No alcanza a comprender a esta inmensa y encantadora criatura que lo sostiene. Ella tiene doce o quince veces su tamaño, su cerebro pesa más que su pierna y tiene una vida de veinticinco o treinta años de experiencia que aporta a su maternidad. ¿Sabes dónde encuentra su felicidad y seguridad? No en comprender sus formas insondables, sino en su olor familiar; con la voz

tranquilizadora que ha estado escuchando durante los nueve meses de su formación; en el calor de su carne junto a la de él, y el abrazo de sus brazos. Él solo quiere estar cerca de ella, y luego puede dejar de llorar.

Dios te compara a ser como un niño pequeño. Eso no es un insulto, sino un estímulo reconfortante en tu vida de fe. El salmista dijo:

***“Señor, mi corazón no es vanidoso, ni son altaneros mis ojos; no busco realizar grandes proezas, ni hazañas que excedan a mis fuerzas. Me porto con mesura y en sosiego, como un niño recién amamantado; ¡soy como un niño recién amamantado, que está en brazos de su madre!”*** (Salmo 131:1-2)

No necesitas estar a cargo; no tienes que estar al tanto. Está bien no ver la imagen completa o estar a cargo de los eventos de tu vida. Es suficiente con que puedas sentir el aroma de Dios, escuchar su voz tranquilizadora, sentir el calor de su amor en su Hijo Jesús. Me consuela saber que mi Padre celestial sabe exactamente el dolor que siento. Él sabe lo que es perder a su propio Hijo, no por un juicio erróneo de un adolescente, sino por un acto intencional de sacrificio por el bien de un planeta lleno de pecadores. Ese inmenso amor nos libera para simplemente abrazarnos cerca de él en sus palabras de promesa: *“¡Alto! ¡Reconozcan que yo soy Dios!”* (Salmo 46:10).

---

Amamos las cimas de las montañas; y por la gracia de Dios, continuaremos alcanzando muchas de ellas en nuestra vida en este mundo, a pesar de las penas que hemos tenido que sufrir. Pero Dios puede determinar sabiamente que necesitamos la bendición de un valle, para que su fruto duradero crezca y prospere. Cuando decida llevarte a ese valle, ve allí con la seguridad del cordero de Dios que dijo: *“Aunque deba yo pasar por el valle más sombrío, no temo sufrir daño alguno, porque tú estás conmigo; con tu vara de pastor me infundes nuevo aliento”*.



## Segundo

### LA AFLICCIÓN ME CAMBIA, PARA MEJOR

(basado en varios pasajes de las Escrituras)

Hace años, asistí al funeral de un adolescente cuya vida terminó trágicamente. Recuerdo haber hablado con los padres del muchacho, quienes se estaban recuperando de su pérdida. La madre del joven hizo la declaración: “Nunca seré la misma”. Ella tenía razón, por supuesto. Los eventos de nuestras vidas nos moldean y cambian como la madera en un torno está conformada y formada por las herramientas afiladas que tocan su superficie cuando gira; afectan la forma en que pensamos y actuamos, y debido al dolor que acababa de comenzar a experimentar, sería una persona diferente. ¿Cómo podría ser ella la misma?

No sé si estaba pensando en ese momento que ser diferente podría ser algo bueno. Sospecho que no. En mi propio dolor, era difícil imaginar que los horrores que estaba experimentando en los días, semanas y meses posteriores a la muerte de Nathan en realidad podrían resultar en bendiciones personales para mí, Connie y mi familia. Todo lo que sabía es que sentía que un pedazo de mi corazón había sido arrancado.

Ahora, un año después, creo que en las manos de Dios el dolor puede cambiarnos, y nos cambia, para mejor. Esa es otra “bendita lección” que he sacado de mi propio dolor. Permíteme compartir contigo las cosas buenas que veo a Dios obrando en mí a través de mi pérdida. Oro para que te anime mientras sufres tus propias penas.

### Acerca del cambio

Antes de considerar esos cambios, permítanme hacer un par de observaciones sobre el cambio.



Primero, Dios se ocupa de cambiar a las personas. En otras palabras, el cambio es algo bueno. La palabra principal en la Biblia que describe la forma en que los humanos reaccionan positivamente al inagotable amor de Dios es la palabra “cambio”. (En realidad, es la palabra “arrepentimiento”. En hebreo lleva la imagen de dar la vuelta por la forma en que nos dirigimos y caminar de regreso a Dios. En griego significa un cambio de opinión en la forma en que miramos a Dios y lo tratamos. Ambos implican que las cosas no puedan permanecer igual una vez que hemos visto en acción el amor de Dios por los pecadores).

A nadie le gusta el cambio. El cambio es incómodo, a menudo doloroso. Pero todos creemos que el cambio es bueno, ¿no? Piensa en un pequeño bebé recién nacido traído del hospital. Pesa tres kilos y medio, y mide cincuenta centímetros de largo, perfecto para su edad. Sus padres lo aman por completo y aceptan que esas medidas son perfectas para él. Pero si dos meses después todavía pesa tres kilos y medio, y mide cincuenta centímetros, tanto ellos como el médico comenzarán a preocuparse. ¿Por qué sigue siendo del mismo tamaño? ¿Qué pasa? ¿No debería estar cambiando, creciendo? Así, también, la vida es una serie de cambios: físicos, emocionales y espirituales. Solo cuando llegemos al cielo seremos tan perfectos que no necesitaremos un constante desarrollo y cambio.

Otra observación: el dolor no necesariamente cambia a alguien para mejor. Es posible que conozcas a alguien que, en su dolor, se ha vuelto hosco, malhumorado o retirado del mundo; quien se ha vuelto amargado y enojado; quien odia a Dios o a quien le molesta la gente en lugar de amarla. Estamos de acuerdo en que esos cambios son malos. La pena es como un sol ardiente golpeando un campo de maíz. El mismo sol que hace que algunos tallos crezcan, prosperen y produzcan mazorcas de maíz dulce, puede hacer que otros tallos se sequen y se marchiten; Todo depende del sistema de raíces del maíz. El hombre o la mujer cuyo sistema de raíces personal está llegando al mensaje vital del evangelio de la paz, donde el Espíritu Santo está trabajando para refrescar y despertar la fe, encontrará que el dolor puede estimular mayores profundidades de confianza y comprensión. El dolor no necesita destruirte, y en Cristo, no lo hará.

## **Edificando la Fe**

Aquí está el primer cambio que he visto mientras me miro en el espejo de mis penas: el dolor me hace confiar aún más en Dios.

Como muchos cristianos, siempre sentí que tenía una fe bastante fuerte. Oré. Confíe en Dios por completo para perdonar mis pecados. Me encantó adorarlo. Honestamente podría decir que disfruto sirviéndole. Hablé sobre él con mi esposa e hijos y vecinos. Si alguien me hubiera preguntado: “Califica tu fe en Dios en una escala del uno al diez”, supongo que lo habría puesto bastante alto, al menos un siete u ocho.

Entonces mi dolor me golpeó como un camión Mack en una autopista.

En la tristeza más intensa de mi vida, me vi obligado a preguntar, quiero decir, realmente preguntar, ¿confío en Dios, o no? ¿Es solo el sujeto de credos bien formulados que me he tomado en serio, o es él quien “ha hecho todas las cosas bien”, quien “no duerme ni descansa”, quién “es mi roca y mi salvación?”

Los ejemplos que vemos en las Escrituras nos muestran claramente que Dios usa los tiempos difíciles, llamémoslos crisis, para llevar a sus hijos a niveles más profundos de confianza en él. Piensa en Jonás, el misionero reacio que, mientras huía de Dios, fue arrojado por la borda al mar Mediterráneo durante una tormenta. Mientras se hundía en las profundidades y sentía que las algas le rodeaban la cabeza, se volvió hacia el único que podía ayudarlo. Él reflexionó (desde el interior del gran pez, un buen lugar para considerar la fe de uno): “Señor, en mi angustia te invoqué, y tú me oíste.” (Jonás 2:2). ¿No es eso algo? No es “en mi comodidad” o “en mi seguridad” o “en mis bendiciones” que llamó al Señor, su Salvador-Dios de amor libre y fiel, aunque sin duda él también tuvo muchos de ellos en su vida. . Por lo general, no crecemos en la fe cuando la vida está funcionando sin problemas. Los baches en el camino revelan los crujidos y gruñidos de la fabricación del automóvil y requieren reparaciones que finalmente mejoren el automóvil, lo hagan más fuerte y más confiable.

Otro ejemplo se encuentra en las palabras del profeta Zacarías. Dios le dice a su rebaño errante:

***“Los fundiré como se funde la plata; ¡los probaré como se prueba el oro! Ellos invocarán mi nombre, y yo les responderé con estas palabras: “Ustedes son mi pueblo”, y ellos me dirán: “El Señor es nuestro Dios.” (Zacarías 13:9)***

Tal vez has estado en una mina de plata como yo. Es un poco sorprendente la primera vez que ves que la plata no sale del suelo con un aspecto agradable y brillante. De hecho, se parece mucho a tierra fea y piedra, solo que de color ligeramente más claro. Se necesita una gran cantidad de refinamiento para convertir la plata en el material del que están hechas las

pulseras y los aretes. Ese refinado no se realiza tomando un paño suave y frotándolo sobre la superficie del mineral. Al contrario, el mineral debe ser violentamente triturado y molido, luego fundido y vuelto a fundir a miles de grados de calor hasta que se eliminen las impurezas y todo lo que queda es la hermosa plata.

Pedro le dijo lo mismo a su generación. Al escribir sobre las persecuciones y las penas que enfrentaban sus lectores, dijo:

***“Pero cuando la fe de ustedes sea puesta a prueba, como el oro, habrá de manifestarse en alabanza, gloria y honra el día que Jesucristo se revele.”*** (1 Pedro 1:7)

Zacarías y Pedro nos recuerdan que edificar la fe es muy parecido a la refinación de minerales. Al principio está llena de impurezas y en realidad se parece mucho al mundo que le rodea. Pero pásala por la trituradora de minerales de las penas y los fuegos de la aflicción, y luego observa cómo se vuelve brillante y resplandeciente. Escucha mientras aprendes a decir con mayor confianza: “El Señor es mi Dios”. Puedo confiar en él especialmente cuando me duele bendecirme y hacer que mi fe sea mejor, más fuerte, más inquebrantable. Es el mejor tipo de regalo que Dios puede dar a las personas que se salvan por gracia, a través de la fe.

## **Enseñando compasión**

Un segundo cambio que Dios obra a través de los dolores toma la forma de la forma en que vemos y tratamos a los demás.

Tengo una confesión que hacer aquí. No soy la persona más compasiva o empática del mundo. Tengo una manera de poder segmentar escenas de sufrimiento y tristeza en otros y decirme a mí mismo: “Ese no es mi problema”. Utilizando una analogía bíblica, es terriblemente posible para mí ser el sacerdote o el levita que pasa al otro lado de la carretera por el hombre que fue atacado por ladrones, que quedó sangrando y muriendo. No me agrada ese lado inhumano en mí.

Creo que, a través de mi propio dolor, Dios me ha hecho más compasivo y comprensivo con los demás en sus penas. ¿Te ha pasado eso a ti también?

San Pablo dijo una vez:

***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a los que están sufriendo, por medio***



*de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.”* (2 Corintios 1.3-4)

¿Escuchaste lo que dice? El consuelo que Dios nos da en medio de nuestros problemas tiene el propósito especial de equiparnos para consolar a otros que están pasando por problemas similares. La mujer que ha sentido la agonía de un aborto involuntario puede ser la mejor para consolar a otra mujer que ha perdido a su hijo por nacer. El divorciado puede ofrecer la fuerza de Dios más poderosamente a otro al borde de perder sus sueños de matrimonio.

Una mujer reflexionó una vez que, cuando alguien le decía: “Estoy deprimida”, solía decir: “Oh, lamento escuchar eso”. Es decir, hasta que ella misma pasó por un largo período de depresión profunda y oscura, del tipo en el que te despiertas llorando, pasas llorando todo el día y te acuestas con lágrimas. Ahora, cuando alguien le dice: “Estoy deprimida”, ella responde: “Oh, no, lo siento mucho. ¿Podemos hablar?”

Después de la muerte de mi hijo, recibimos una carta de alguien de un Estado distante cuyo hijo también se había quitado la vida un año antes. Ella escribió: “Usted se ha unido a un club de élite al que no quería unirse; pero entendemos su dolor y queremos que sepa que, con la ayuda de Dios, sanará y sonreirá nuevamente”. Fue reconfortante escuchar esto de alguien que había estado allí antes que nosotros.

Ahora es tu turno. Nos preguntamos si el Señor puede usarnos, como él nos ve a través de este dolor, para ofrecer un apoyo especial a otros padres que han perdido hijos por suicidio, tal vez al comenzar un grupo de apoyo. Nuestros corazones sangran por otros cuyas vidas han sido tocadas por tal dolor. Podría ser que la muerte de nuestro hijo haya servido para despertar esas terminaciones nerviosas emocionales que me pondrán en contacto más cercano con el dolor y la tristeza que tantos otros han soportado, con el propósito final de ser un mejor servidor de mis afligidos hermanos y hermanas. Gracias, Señor, por hacerme más humano, más dispuesto a “llorar con los que lloran”.

## **La tristeza puede ser buena**

Desde que se redactó la Declaración de Independencia, los estadounidenses hemos sido muy conscientes de esos derechos inalienables de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Como cultura, a menudo hemos perseguido la felicidad con pasión. De hecho, creemos que hay algo mal si no tenemos felicidad en nuestras vidas.

Esto puede sonar un poco loco; pero ¿alguna vez consideramos que tener tristeza en nuestras vidas puede ser algo bueno? Creo que nuestras penas nos recuerdan esto. Es un cambio de pensamiento que el Señor me ha llevado a apreciar durante nuestro tiempo de lágrimas. Aquí está el cambio: el dolor me aleja de la tontería de buscar la felicidad.

Salomón, el sabio rey de Israel, reflexionó sobre las lecciones que el Señor le había enseñado durante sus muchos años en la tierra. Como anciano, hizo esta declaración acerca del dolor versus la felicidad:

***“Es mejor asistir a un funeral que presentarse en un banquete, pues nuestra vida termina con la muerte y los que vivimos debemos recordarlo. Es mejor estar triste que estar alegre; un rostro triste le viene bien al corazón. Los sabios tienen presente la muerte; los necios sólo piensan en divertirse.”*** (Eclesiastés 7:2-4)

¿Una cara triste es buena para el corazón? Salomón, seguramente esto es un error; querías decir que una cara feliz es buena para el corazón. Esa es mi reacción instintiva a sus palabras. Pero no se equivocó. Años de observar a los humanos lo convencieron de que el mundo está lleno de tontos que buscan algún tipo de felicidad “bajo el sol” (es decir, sin una visión de las cosas centrada en Dios y el cielo). Corren a bares, clubes nocturnos y canales de comedia tratando de encontrar más razones para sonreír. Y se pierden los grandes puntos que Dios les está enseñando: 1) Que este mundo ha sido infectado con pecado y muerte 2) Que este mundo no puede ser un lugar de felicidad duradera, desde que la maldición pronunciada sobre el pecado del hombre en Génesis capítulo tres 3) Que la única felicidad que durará es aquella cuyas raíces y Autor están en el cielo.

Este mundo, mientras tanto, es principalmente un lugar de tristeza; el salmista lo llamó como es sobradamente conocido: “*valle de las lágrimas*” (Salmo 84:6, la NVI usa la palabra hebrea “Baca”, que literalmente significa llanto). Eso no significa que no podamos o no queramos disfrutar de algo de felicidad aquí. Pero tenemos un claro entendimiento de que el dolor es parte de nuestra vida en un mundo pecaminoso. Y Dios puede usar este dolor para bendecir nuestra fe. Uno de nuestros himnólogos luteranos más conocido expresó la verdad cuando escribió:

Dios me envía mis días de alegría  
Y aún confiaré en él cuando me envíe tristeza.  
Dios es bueno; su amor me atiende  
Día a día, pase lo que pase, me guía y me defiende.  
(*CW 428 est. 3, “Por qué la cruz y el juicio me afligen” por Paul Gerhardt*)

Ir al cuarto de hospital de alguien que ha sufrido un accidente grave; o visitar a alguien que ahora está en un hospicio, devastado por el cáncer; o pasar tiempo en una funeraria con la familia de alguien cuyo ser querido ha abandonado este “Valle de Baca”; o soportar el terrible y oscuro dolor que tú personalmente puedes estar experimentando porque has perdido a alguien o algo precioso para ti ... estos son buenos e importantes para nosotros como hijos de Dios y ciudadanos de este reino temporal y mundano. Salomón tenía razón, esa sabiduría reside en la casa del luto. Si el Señor te permite vivir en esa casa por un tiempo, no serás el mismo. Serás más sabio, mejor y comprenderás mejor las cosas que no importan aquí y las que sí importan eternamente. No te alejes de los períodos que el Señor te pide que pases en esa casa.

## Mucho está bien

Soportar el dolor de la aflicción puede parecer completamente inútil. Los días se convierten en semanas, en meses de días grises, música apagada y miradas en blanco. Ya nada parece importar mucho. Ocasionalmente, la tristeza se calma, pero más a menudo parece oprimir y abrumar al espíritu como las olas y las rompientes que chocan contra la orilla. Se producen lágrimas y sollozos.


Luego, un rayo de sol atraviesa las nubes y me sorprende cuánto realmente está yendo bien. Mi esposa, que llora a mi lado, todavía me ama y me apoya. Tengo tres hermosos hijos que todavía están conmigo, lo que me da mucha alegría. Mi iglesia está a mi lado y me anima. Tengo una casa cómoda para vivir, comida para comer y un auto confiable para conducir; evidencia del fiel cuidado del Señor. Lo mejor de todo es que el Señor me ha dado su evangelio de paz que me asegura que, por el amor de Dios, mis pecados se han ido. ¡Se fueron! Lavado en la sangre del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Por eso, el Señor del cielo y de la tierra está de mi lado, prometiendo que él está trabajando activamente juntos por mi bien, su querido hijo. No hay nada que me separe de su amor, ni siquiera la muerte aparentemente sin sentido de Nathan.

Tal vez por eso el simple refrán de la Biblia sea tan poderoso:

*“¡Alabemos al Señor, porque él es bueno! ¡Su misericordia permanece para siempre!”* (Salmo 136:1)

Dios es bueno. Su amor constante sigue fluyendo, incluso en los momentos más oscuros de nuestras pérdidas personales y desesperación. Una piedra en el zapato de un excursionista puede causar un dolor abrumador, pero no

anula la belleza que lo rodea; ni debería hacerlo. ¿Podemos dejar que la terrible pérdida que sentimos deshaga las miles de gloriosas bendiciones que Dios derrama desde el cielo sobre los hijos de los hombres en cada momento de esta vida que hemos aprendido a llamar, “un tiempo de gracia”? Dios no lo quiera.



“Nunca seré la misma”, dice la madre afligida. Estoy de acuerdo. Yo tampoco puedo ser el mismo; pero tal vez eso no sea algo malo. El Dios al que adoramos es tan increíblemente amoroso, tan increíblemente poderoso, que puede sacar el bien del mal y cambiarnos de una manera que nos bendiga. Esa es una de sus grandes “benditas lecciones” de la aflicción. Señor, por favor cámbiame, para mejor.



## PUEDO VIVIR SIN NADA, EXCEPTO JESÚS

(basado especialmente en el Salmo 73:23-26)

Hace años, la Dra. Elizabeth Kubler-Ross publicó un libro que se hizo ampliamente conocido en el estudio del dolor humano, titulado Sobre la Muerte y los Moribundos. En él identificó cinco diferentes “etapas” de dolor que parecen ser comunes a la humanidad cada vez que alguien sufre una pérdida emocional severa. No necesariamente suceden en este orden, pero tienden a suceder. Incluyen:

- **Negación** (¡esto no me está pasando a mí!)
- **Ira** (¿por qué me pasa esto a mí?)
- **Negociación** (prometo que seré una mejor persona si ...)
- **Depresión** (ya no me importa)
- **Aceptación** (estoy listo para lo que venga)

¿Por qué tantos parecen pasar por estas etapas o aspectos del duelo, excepto que haya una sensación tangible de que hemos perdido algo que es terriblemente importante para nosotros y que queremos recuperarlo desesperadamente? No podemos imaginar pasar por la vida sin la persona o el modo de vida al que nos habíamos acostumbrado. Si alguien nos hubiera dicho a mi esposa y a mí antes de que sucediera que perderíamos un hijo, habríamos retrocedido ante la idea. Hubiéramos dicho: “¡No! ¡Imposible! ¡No nos puede pasar a nosotros!” Pero sucedió.

Solía sorprenderme mucho cuando hablaba con personas mayores en el hogar de ancianos, y aprendía todas las terribles penas que habían tenido que sufrir durante sus vidas: niños que murieron en la guerra, cónyuges que los dejaron, enfermedades que tuvieron que soportar, la pobreza que tuvieron que superar y, sin embargo, ¡parecía que podían hablar de manera



tan casual! ¿Qué estaba mal con estas personas? ¿Por qué no se derrumbaron y lloraron? ¿Tenían corazones de piedra?

¿O es solo que habían aprendido la “bendita lección” que me gustaría compartir hoy con ustedes: “Puedo vivir sin nada, excepto Jesús”?

## Afligidos con esperanza

No hay ninguna razón bíblica para insistir en que tienes que ser cristiano para pasar por las diversas etapas del duelo e incluso llegar a la última, la aceptación, con éxito. Pero los cristianos tenemos un recurso especial a nuestra disposición, y una razón especial para llegar más rápido. Conocemos a nuestro Señor y Salvador. Hemos escuchado sus promesas, y nos ha dado la esperanza de que el resto del mundo no pueda entender ni siquiera soñar. Eso es lo que dijo San Pablo cuando instó a sus amigos en Tesalónica:

*“Hermanos, no queremos que ustedes se queden sin saber lo que pasará con los que ya han muerto, ni que se pongan tristes, como los que no tienen esperanza. Así como creemos que Jesús murió y resucitó...”* (1 Tesalonicenses 4:13-14a)

Aflígete, amigo, por todos los medios aflígete. No cubras lo que sucede dentro de ti con una máscara de simulación. Date el derecho de superar el dolor y la tristeza que es una parte tan real de enfrentar tu pérdida. Pero cuando lo haces en Cristo, date cuenta de que enfrentas tu dolor con algo que gran parte del mundo no disfruta. Tienes a Jesús, con su muerte y resurrección, su poder y amor. Tienes esperanza.

## Puedo vivir mucho sin

Vivimos en un hermoso mundo material. ¡Dios lo creó! Nos rodea de cosas buenas que usa para alimentarnos, vestirnos, protegernos y complacernos de cientos de maneras. Eso también incluye las bendiciones de las personas: nuestros familiares, amigos, vecinos, hombres y mujeres con quienes trabajamos. Todos están entretrejidos en un hermoso tapiz de nuestra vida que nos da forma y nos define.

Pero a veces ese tapiz comienza a apoderarse de nuestra vida, y comenzamos a tratar los dones con los que Dios nos rodea con el mismo honor y deseo que deberíamos darle a Dios. Eso nos mete en problemas. Es como la historia de una tribu africana que ha aprendido a capturar a cierto mono por su propia codicia. Los cazadores encuentran un tronco hueco y le hacen un agujero lo suficientemente grande como para que un mono le meta la mano. Luego ponen algunas semillas en el tronco hueco para tentar

al mono. El animal ve las semillas y mete la mano en el agujero, agarrando las semillas. Pero ahora el puño del mono hace imposible que el mono saque su mano del agujero. Y es tan tonto que se niega a soltar las semillas incluso cuando los cazadores vienen y lo agarran.

La gente también cierra un puño mortal. Se aferran al dinero, las posesiones, las personas que el Señor pone en sus vidas como si fueran Dios mismo. Cometan idolatría sin siquiera darse cuenta. Los atrapa y finalmente los destruirá.

La aflicción posee un modo de ayudarnos a aflojar nuestro control sobre las cosas que nos consumen.

Pienso en una mujer que una vez aconsejé, que estaba llena de ansiedad hasta el punto de que apenas podía dormir por la noche. Había perdido a su padre en el último año: el hombre al que adoraba y del que había buscado mucha dirección, consejos y consuelo en su vida adulta. Ahora que él se había ido, ella se sentía perdida y sola, a pesar de que estaba felizmente casada. Cuando le sugerí que el tipo de confianza que había estado depositando en su padre era el mismo tipo de confianza que Dios nos pide que le demos, ella se sorprendió. Se dio cuenta de que había estado tratando a su padre como si fuera Dios. Ahora su “dios” se había ido y estaba traumatizada. Solo arrepintiéndose de su excesiva dependencia de su padre y poniendo su fe en el Dios que dijo: *“No te dejaré ni te desampararé”* podría comenzar a dormir en paz de nuevo.

Fue su dolor lo que finalmente la ayudó a dejar ir a una persona que, a pesar de todas las bendiciones que había traído a su vida, no era Dios.

Hay una razón por la cual nuestro Salvador y Señor nos advirtió a todos: *“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. El que ama a su hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”* (Mateo 10:37).

La muerte de Nathan nos enfrentó a Connie y a mí con este problema. ¿Podría ser que amaba la presencia de mi hijo en mi vida aún más de lo que amaba a mi Dios, que lo compartió conmigo durante dieciséis años? ¿Podría ser que me inclino a “encontrar” mi vida en mi papel de padre o esposo o pastor o amigo, más de lo que lo encuentro en la seguridad de ser un hijo de Dios y un servidor voluntario del Rey? ¿Estoy dispuesto a perder las cosas que tienden a darme una falsa sensación de seguridad, mi “vida”, si el Señor que es mi vida determina que su voluntad es permitirme perder una o más de ellas?



¿Puedo hacerte una pregunta personal: ¿Cuál es la única cosa en la que crees profundamente, sin la cual no podrías sobrevivir? ¿Es tu cónyuge... tu padre... tu hijo... tu salud... tu riqueza... tu apariencia... el amor de alguien... una amistad cercana... tus sueños... tu jubilación? Déjame darte ánimo. Si el Señor te quita algo, te dará la gracia de abrir tu puño y soltarte. A través de su pérdida, él puede bendecirte con una certeza maravillosa: que realmente puede vivir sin nadie ni nada excepto su Salvador Jesús.

## Una sola cosa es necesaria

Eso nos lleva a un punto importante que Jesús hizo en nuestra lección del Evangelio esta mañana, cuando Jesús estaba con sus queridas amigas María y su hermana Marta. ¿Recuerdas cómo Marta estaba en la cocina, preparando una comida para Jesús y sus amigos, mientras María se sentaba en la sala escuchando a Jesús enseñándole? Marta se sintió frustrada. *“Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje trabajar sola? ¡Dile que me ayude!”* Jesús le respondió: *«Marta, Marta, estás preocupada y aturdida con muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará»* (Lucas 10:40-42).

*“Una sola cosa es necesaria”*, dijo Jesús a su buena amiga, que por un momento había apartado sus ojos de lo que realmente importaba en la vida. Solo una, no tres, ni siquiera dos. Tener a Jesús es tener todo lo que necesitas para el cuerpo y la vida. ¿Crees eso?

Durante un tiempo, el líder de adoración de Israel, temeroso de Dios, no lo hizo. Se llamaba Asaf. Miró en torno del mundo alrededor suyo y comenzó a notar que, en comparación con las personas impías que lo rodeaban, parecía estar en el extremo estrecho. Estaban sanos y fuertes. Tenían dinero y diversión. Ellos prosperaban. La gente los admiraba y acudía a ellos en busca de consejo y sabiduría. ¿Pero qué tenía él? Al parecer, nada de valor. Sufrió una pena propia, el tipo de pena que se produce cuando se llega al punto de una llamada crisis de la mediana edad, preguntándose si su vida realmente importa mucho. Muchos de tus sueños no se han cumplido, y parece que estás en bajada en lugar de seguir adelante.

Asaf admitió que, durante este tiempo de pérdida y dolor, cambió su corazón para peor. *“Yo tenía el alma llena de amargura, y sentía que el corazón me punzaba. Era yo tan torpe que no podía entenderlo; en tu presencia, era yo como una bestia”*, dijo (Salmo 73:21-22). Se había convertido en un animal centrado en el material, olvidando por completo la gracia y la misericordia de su Dios. El dolor puede hacerte eso; todo lo que sientes es pérdida, todo

lo que sientes es tristeza. El objeto de tu afecto se ha ido.

Pero Dios le reveló una gran percepción en su aflicción:

***“Y no obstante, siempre he estado contigo; tú me has tomado de la mano derecha, me has guiado para seguir tu consejo, y al final me recibirás en gloria. ¿A quién tengo en los cielos? ¡Sólo a ti! ¡Sin ti, no quiero nada aquí en la tierra! Aunque mi cuerpo y mi corazón desfallecen, tú, Dios mío, eres la roca de mi corazón, ¡eres la herencia que para siempre me ha tocado!”*** (Salmo 73:23-26)

Se le recordó a Asaf que lo único que más importaba nunca le sería quitado. Su Señor y Salvador estuvo a su lado, por los siglos de los siglos. Como un padre que toma a su pequeño hijo de la mano, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob lo tomó de la mano y no lo soltó nunca. En esta vida, ese mismo Dios le daría orientación y consejos confiables a través de su Palabra, guiándolo en cada paso del camino. Cuando se completaran sus días en la tierra, su Dios amoroso lo sacaría de este mundo a su glorioso hogar en el cielo. ¡Cuán rica fue su herencia como hijo del rey!

No es de extrañar que él pudiera decir: *“¡Sin ti, no quiero nada aquí en la tierra!”* Carne, mundo, corazón pueden fallar; la felicidad puede disolverse en lágrimas y tristeza; apreciados amigos y seres queridos pueden partir; pero Dios nunca fallará. A pesar de la magnificencia, el atractivo, la comodidad y la seguridad que Dios creó en este mundo nuestro, en última instancia no tiene control sobre el corazón del hijo de Dios que encuentra su verdadero deseo “más allá del sol” en el reino de los cielos. Como dice el himno:

¿Qué es el mundo para mí con todo su placer?

¡Cuando tú, y solo tú, Señor Jesús, eres mi tesoro!

Solo tú, querido Señor, el deleite de mi alma será;


Eres mi paz, mi descanso. ¿Qué es el mundo para mí? (CW 477: 1)

Asaf estaría de acuerdo: ¡Jesús lo es todo! Dejó el hogar de su Padre celestial para unirse a nosotros en nuestro agotador pasaje por la tierra. Él vino, el Portador de un nuevo y duradero Reino de gracia y esperanza. Él tomó nuestro lugar como el Dador de justicia perfecta a través de un cumplimiento impecable de la santa voluntad de Dios. Cargó nuestra culpa y nuestras penas con inocencia perfecta, llevándolos sobre sus santos hombros a la cruz del Calvario. En el tercer día después de su muerte, hizo lo imposible y derrotó a la muerte y la tumba con una confrontación frontal y cara a cara y salió el Viviente Victorioso, defendiendo la resurrección para todo el planeta y pronunciando a todas las personas justificadas a la vista de Dios omnipotente. No hay problema en la tierra más central que este. No hay

nada que necesitemos más desesperadamente que su amor, su evangelio de paz.

¿Recuerdas la calcomanía para el parachoques: “Conoce a Jesús, conoce la paz; sin Jesús, no hay paz”? Es un recordatorio puntual de que Jesús tenía razón: solo se necesita una cosa, y es Jesús mismo. Conocerlo en una relación de confianza es conocer una paz duradera, con Dios, con nuestro propio corazón, con las circunstancias de la vida que nos rodean. Sin él, nada de lo que tienes, incluso el máspreciado de los dones terrenales, hace alguna diferencia. Un himno luterano familiar lo expresó de esta manera:

Nos pueden despojar De bienes, nombre, hogar,  
el cuerpo destruir. Mas siempre ha de existir  
de Dios el reino eterno. (TLH 262: 4)



Así que, adelante mundo y Satanás. Llévense los dones más preciosos que tengo en esta vida. Puedo sentir tristeza o miedo, puedo llorar por un tiempo por mi pérdida. Pero realmente no me has quitado nada. He aprendido que puedo vivir sin nadie ni nada, excepto Jesús. Él nunca me dejará, nunca. Dios es la fuerza de mi corazón y mi herencia para siempre.



## Cuarto

### EL CIELO PARECE MEJOR QUE NUNCA

(basado en 2 Corintios 4:16-18)

¿Puedo hacerte una pregunta personal: cuándo fue la última vez que pensaste seriamente en el cielo? Quiero decir, realmente en serio: ¿donde lo anhelas, como si anhelas las cosas más preciosas de tu vida, donde fantaseas cómo podría ser, donde no puedes olvidarlo, porque se ha convertido casi en una obsesión? Si eres como la mayoría de las personas, apuesto a que no fue recientemente. Están pasando muchas cosas. Tienes juegos de pelota, facturas que pagar, personas que visitar, currículums para escribir, viajes para planificar, comidas para comprar, niños enfermos que atender, libros para leer. ¡Tienes vida para vivir!

No es sorprendente que tendemos a gastar más tiempo y energía mental en el aquí y el ahora; incluso eso es una bendición de Dios, tener una vida ocupada y productiva. Pero si bien una vida ocupada puede ser satisfactoria a su manera, tiene al menos un inconveniente: tendemos a apartar nuestros ojos del mayor problema de todos. ¿Qué pasa cuando todo termina?

El Señor me ha estado enseñando algo este año transcurrido en mi dolor que es precioso. Que tal vez he permitido que mi vida esté demasiado ocupada. Tal vez es hora de sentarse y reflexionar un poco sobre lo que realmente cuenta. El dolor tiene una manera de hacer eso, de hacerme pensar dónde termina todo para nosotros los cristianos: en el cielo.

Puedo pensar en una razón por la cual el duelo le hace esto a una persona. El duelo es un hombrecito persistente, que lleva un sombrero negro y una chaqueta arrugada. Te levantas por la mañana y él está sentado en tu sofá. Vas a la oficina y él viaja a tu lado en tu auto. Viajas, pero descubres que a él le gusta viajar contigo. Llegas a casa después de un día duro, solo para



descubrir que todavía está sentado en tu sofá. El día siguiente es exactamente como el último. No puedes escapar de él. Algunos días es más tranquilo, más pequeño, menos molesto que otros, pero no se equivoque: siempre está ahí. No importa cuán agradable sea algo para ti, él tiene una manera de disminuir la risa. No importa cuán buena sea la comida, no sabe exactamente como debería. No importa cuán atesorada sea la compañía, el hombrecito se interpone en el camino de lo que solía ser una gran reunión.

El dolor te hace comenzar a preguntar: “¿Hay algo mejor esperándome?” Buenas noticias, cristiano. ¡Ahí esta!

En este último punto de la serie “Benditas lecciones de la aflicción”, los invito a hacer lo que San Pablo nos invita a hacer en Colosenses 3:1; *“busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios.”* Piensa en el cielo. Disfruta la verdad de que, en tu dolor, el Señor está guiando tu corazón hacia tu destino final en Cristo, tu hogar eterno. El dolor hace que el cielo se vea mejor que nunca.

## Por fuera decadente, por dentro renovado

Permítanme dirigir su atención a las palabras de San Pablo a los corintios. Él comienza esta sección diciendo: *“Por lo tanto, no nos desanimamos”* (versículo 16). Por lo tanto, es una de esas expresiones que “apuntan”. Acaba de terminar haciendo un punto importante. ¿Qué es? Puedes leerlo por ti mismo (2 Corintios 4:13-15). Le recordó a sus amigos corintios: “Tienes una fe única y preciosa de la cual hablar, ahora que conoces a Jesucristo. Crees que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, ¡increíble! Y que también te resucitará un día y te llevará al cielo para siempre”. No es de extrañar que no nos desanimemos. No importa cuán dolorosa se vuelva la vida, con sus enfermedades, penas, decepciones y angustias, la mañana de Pascua nos llena de esperanza de que un día el sol vuelva a brillar, el dolor se habrá ido y estaremos eternamente felices con nuestro Salvador. Los cristianos son excepcionalmente valientes debido a esa vívida esperanza.

Pablo continúa: *“Y aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando de día en día”*. Qué contraste él dibuja. Exteriormente, especialmente cuando nos miramos en el espejo, nos damos cuenta de que nuestro cuerpo y nuestra vida están en un curso acelerado hacia la tumba. Puede ser que nos estamos haciendo mayores. Nuestro cabello es más delgado y gris. Nuestra piel es más arrugada y delgada. Nuestro cerebro, rodillas u órganos ya no funcionan de la manera en que fueron diseñados. Nos duelen los músculos. Puede ser que estemos enfrentando enfermedades

y achaques. Espiritualmente, puede ser que estemos llevando el arrepentimiento de un pecado anterior que ha afectado profundamente nuestra vida. Nuestras penas están desgastando constantemente el optimismo sobre la vida que una vez tuvimos. Estamos escuchando el tic, tic, tic del reloj de nuestra mortalidad. Estamos en la marcha lenta y constante hacia el final de esta vida.

No nos gusta esa marcha, y podemos estar luchando contra ella. Pero no importa cuánto peleemos, ¡perdemos! Corremos al club de atletismo, pero no es lo mismo que sentíamos hace unos años. Nos teñimos el cabello, solo para gastar otros cincuenta dólares unas semanas más tarde en lo mismo. Rellenamos nuestras arrugas y nos metemos las barrigas y reemplazamos nuestras articulaciones y drogamos nuestros desequilibrios, pero luego lo siguiente sale mal. Buscamos la felicidad y encontramos solo desilusión a cada paso. Moisés tenía razón cuando cantó en su “canción del viejo hombre”:

*“Nuestra vida declina por causa de tu ira;  
nuestros años se esfuman como un suspiro.  
Setenta años son los días de nuestra vida;  
ochenta años llegan a vivir los más robustos.  
Pero esa fuerza no es más que trabajos y molestias,  
pues los años pronto pasan, lo mismo que nosotros.”* (Salmo 90:9-10)

Pero...

“... *Por dentro nos vamos renovando de día en día*”. Debido a Jesús, la imagen interior se ve completamente diferente de la exterior. El hombre o la mujer interior es como un bebé recién nacido, sonriente, rosado, gordo, de piel suave, lleno de vida y esperanza. Esa persona nunca envejece ni se arruga, porque se renueva todos los días. De hecho, cuanto más cerca está de su Salvador y Señor, y cuanto más se le recuerda su bautismo en el evangelio del Hijo de Dios, más joven y más fresco y más vital y conocedor es a medida que envejece y crece en su salvación. . Nace la alegría, se renueva el optimismo, se restaura la visión. ¡La adusta marcha hacia la tumba se ha convertido en una carrera hacia la esperanza y la vida!

Déjame preguntarte: ¿Estás aprendiendo a prestar menos atención a lo que ves en el espejo de tu vida y más atención al nacimiento interno que está ocurriendo dentro de ti?

## Benditas escalas desiguales

Pablo pinta otra imagen vívida para nosotros que estamos atrapados en nuestros problemas dolorosos o penas llorosas: *“Porque estos sufrimientos insignificantes y momentáneos producen en nosotros una gloria cada vez más excelsa y eterna”* (versículo 17).

Me inclino a sentirme un poco irritado con mi amigo Pablo cuando lo escucho decir esto. *“¿Insignificantes y momentáneos?”* Pablo, ¿qué sabes de mis problemas? ¿Alguna vez has perdido un hijo? No sabes la agonía que he pasado en el último año de mi vida. Perder a Nathan fue como arrancarme el corazón del pecho. ¿Cómo te atreves a aligerar mi pena?

Y luego, debo estar callado y escuchar. Pablo tiene razón.

Nuestros problemas no se sienten insignificantes y no parecen momentáneos. Pero Jesús sabe de lo que está hablando cuando habla por boca de su apóstol. El Espíritu hace un buen trabajo en su Palabra al darnos una visión equilibrada de cada dolor que soportamos. El Salmo 30:5 dice:

***“Su enojo dura sólo un momento, pero su bondad dura toda la vida. Tal vez lloremos durante la noche, pero en la mañana saltaremos de alegría.”***

“Momentáneo” es la palabra correcta, desde la perspectiva de Dios en el cielo, para describir mis dolores. A mí me parecen interminables. Pero mi amable Señor me dice que, en comparación con las alegrías que me esperan, mis lágrimas durarán solo unas pocas horas por la noche. Luego viene la mañana, sí, una vida eterna, de la alegría del cielo.

“Luz” es la palabra correcta también. El apóstol quiere que dibujemos en el bloc de dibujo de nuestra mente la imagen de una balanza antigua. Parece quedarse sin las palabras correctas en la imagen; él dice que las gloriosas alegrías que nos esperan “pesan mucho, mucho más” que nuestras dificultades actuales. Él diría que las lágrimas que estamos llorando, el dolor que estamos soportando, las penas que estamos sufriendo suman alrededor de ciento cincuenta gramos de peso en un lado de la balanza. Mientras tanto, cuando Dios santifica y bendice estas dificultades y las usa para desarrollar nuestra fe y confianza en Él, ¡hay cinco toneladas de gloria y alegría en el otro extremo de la escala! Nuestras penas no se pueden comparar con nuestra gloria futura; ni siquiera deberían estar en la misma escala. Pablo dijo prácticamente lo mismo en Romanos 8:18: *“Pues no tengo dudas de que las aflicciones del tiempo presente en nada se comparan con la gloria venidera que habrá de revelarse en nosotros”*.



Ojalá pudiera recordar eso, ¿no? Ojalá pudiera tener la fe de la niña que estaba caminando por la noche con su padre. Maravillada, levantó la vista hacia las estrellas y exclamó; “¡Oh, papá, si el lado equivocado del cielo es tan hermoso, cómo debe ser el lado correcto!”

## Viendo lo invisible

Pablo concluye: *“Por eso, no nos fijamos en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”* (versículo 18).

Esto parecería una locura, incluso imposible, si no hubiéramos escuchado las buenas noticias de Jesús y el Reino de gracia que vino a traer al mundo. Pero gracias a la enseñanza de Jesús y, en última instancia, su obra de redimirnos de nuestros pecados, hemos aprendido a buscar cosas que la mayoría del mundo no puede ver. Hemos aprendido que podemos ver lo invisible. Hemos aprendido a ver a Dios, frente a su amado, uno y único Hijo. Hemos aprendido a percibir la justicia donde antes solo había pecado. Hemos aprendido a comprender el perdón donde antes solo podía haber condena. Hemos aprendido a encontrar consuelo donde otros solo pueden encontrar tristeza.

También hemos aprendido a ver el cielo con los nuevos ojos de fe que Dios nos ha dado. Mientras que otros solo pueden ver el esplendor de las montañas y las olas, de los bosques y desiertos, de los planetas y las estrellas, nuestro amable Señor nos ha abierto los esplendores invisibles de nuestro hogar celestial. ¡Esa vista del cielo es gloriosa! Piense, por ejemplo, en la visión que San Juan compartió con nosotros en la revelación que recibió de Jesús:

*“Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, y el mar tampoco existía ya. Vi también que la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendía del cielo, de Dios, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Entonces oí que desde el trono salía una potente voz, la cual decía: «Aquí está el tabernáculo de Dios con los hombres. Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Dios enjugará las lágrimas de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni más llanto, ni lamento ni dolor; porque las primeras cosas habrán dejado de existir”* (Apocalipsis 21:1-4)

No puedo imaginar un lugar así por mi cuenta, especialmente cuando las lágrimas inundan mis ojos y la tristeza abruma mi corazón. Pero me alegro de que el Señor pueda imaginar un lugar donde no lllore más. Esa es la casa donde quiero estar. El cielo se ve mejor que nunca.

Cuando puedes ver por fe lo Eterno Invisible, también comienzas a cambiar tu forma de vida. Un escritor anónimo escribió una historia sobre la visita de un turista estadounidense al rabino polaco del siglo XIX, Hofetz Chaim. Cuando llegó a la casa del famoso rabino, se sorprendió al ver que solo era una habitación simple llena de libros, además de una mesa y un banco.

El turista preguntó: “Rabino, ¿dónde están sus muebles?”

“¿Dónde están los tuyos?” respondió el rabino.

“¿Los míos?” preguntó el desconcertado estadounidense. “Pero soy un visitante aquí. Sólo estoy de paso.”

“Yo también”, dijo Hofetz Chaim.

¿También has aprendido que sólo eres un visitante aquí? ¿Estás convencido de que lo que has perdido, o que puedes perder en el futuro, no es realmente una parte del tesoro eterno que el Señor te ha guardado en el cielo, a través del don de su Hijo? ¿Puedes encontrar refugio sabiendo que, en el mejor de los casos, tu mundo es solo un hotel en el que te detendrás camino a tu verdadero hogar? ¿Puedes cantar el himno?

“No soy más que un extraño aquí; El cielo es mi hogar.

La tierra es un desierto triste; El cielo es mi hogar.

El peligro y la tristeza me rodean en cada mano.

El cielo es mi patria; el cielo es mi hogar.”

¡Sí, por la gracia de Dios, puedes!

---

Seguramente llegará el día en que todo el dolor no será más que un recuerdo lejano para los hijos de Dios. Mientras tanto, juntos nos alentamos mutuamente con la esperanza que nos da la venida, la vida santa, la muerte expiatoria y la poderosa resurrección de Jesucristo, el mayor “Te amo” de Dios para el mundo. Oro para que estas “Benditas lecciones de la aflicción” te hayan ayudado a ese propósito. Permíteme dejarte con las palabras de un viejo himno reconfortante escrito por alguien que vio el cielo luciendo mejor que nunca:

“Cuando sé que tal vida me espera, puedo vivir más libremente aquí;

Cristo, mi guía y esperanza, me apoya, llena mis días en la tierra de alegría.

Aquí veo su trabajo comenzado, en su victoria creciente, ganó,

Pero lo mejor está por llegar, la vida con él eternamente.”

(de “Mundo, adiós, con mucho gusto te dejo”)

*Kurt Ebert* (Junio de 2009)



# Multi-Language Productions

Bringing the Word to the World

Blessons out of Grief - Spanish

Copyright © 2020

MLP Catalog No: 385529